

ALHENA LITERARIA
CERDEÑA Y EL MAR

D. H. LAWRENCE

CERDEÑA Y EL MAR

TRADUCCIÓN Y PRÓLOGO DE MIGUEL MARTÍNEZ-LAGE



alhenamedia

Título original: *Sea and Sardinia*

© 1997 by the Estate of Frieda Lawrence Ravagli
© de la traducción y el prólogo, 2008 by Miguel Martínez-Lage
© de esta edición, 2008 by Alhena Media

Director editorial: Francisco Bargiela
Director de la colección: Juan de Sola Llovet

Diseño: Juan Bonamusa
Composición: Juan Ignacio García
Impresión y encuadernación: Gramagraf, S.C.C.L.

ISBN: 978-84-96434-07-3

Depósito legal:

Publicado por:
ALHENA MEDIA
Balmes, 123, 4.º 2.ª A
08008 Barcelona
Tel.: 934 518 437
alhenamedia@alhenamedia.info
www.alhenamedia.info

Primera edición: marzo de 2008

Reservados todos los derechos.
Ningún contenido de este libro podrá ser reproducido,
ni total ni parcialmente, sin la autorización previa
y por escrito de los titulares del copyright.

CONTENIDO

Prólogo: «De isla en isla», por Miguel Martínez-Lage . . . 9

CERDEÑA Y EL MAR

I. Hasta Palermo	19
II. El mar.	49
III. Cagliari	97
IV. Mandas	121
V. A Sorgono	145
VI. A Nuoro	193
VII. A Terranova y al vapor	235
VIII. De vuelta	279

DE ISLA EN ISLA

SI ALGUNA LEY universal rige la relación que se establece entre escritura y lectura ha de ser una ley cuantitativa, o más bien proporcional, en función del vector tiempo, consistente en que siempre tarda menos el lector en leer que el escritor en escribir lo mismo.

El capitalismo vería con agrado que fuera al revés, y que el consumo durase más que la producción, pero para bien o para mal no es el caso. Tanto es así que ni siquiera las velocidades anómalas de lectura y de escritura alteran esta proporción. Desde luego, hay libros que propenden a sustraerse a la norma: no es raro que uno invierta más tiempo en leer a Proust que Proust en escribir su *Recherche*, y eso que Proust tardó mucho, como es natural. D. H. Lawrence dedicó por ejemplo tres años largos —mañana, tarde y noche, de 1910 a 1913—, a la escritura de su primera novela importante, *Hijos y amantes*, pero no siempre trabajó con ese ritmo sosegado. Mejor dicho: en su corta y ajetreada vida prácticamente nunca dispuso de mucho tiempo, y *Cerdeña y el mar* es un ejemplo señero de confección veloz, intempestiva y felicísima, hazaña que está al alcance tan sólo de los escritores de pura raza. La falta de sosiego la suplía a fuerza de concentración.

Entre bastantes cosas más, este «travelogue» de Lawrence es ocasión idónea para celebrar la excepción a esa ley universal. Lawrence tardó seis días de enero de 1921, del 4 al 10, en atravesar la isla de Cerdeña, y en seis semanas más, en cuanto

regresó a Sicilia, donde residía entonces, puso por escrito sus impresiones de viaje. En ese mes y medio no sólo escribió el libro de un tirón y sin notas —que durante el viaje, no menos veloz, no pudo pararse a tomar—, sino que tuvo tiempo para revisar la copia mecanoscrita que una amiga preparó a partir de sus páginas manuscritas a velocidad de vértigo. Lawrence experimenta y recuerda luego lo vivido con una vivacidad extrema y contagiosa.

El libro se puede leer en menos días, cómo no, aunque lo normal será que la lectura nos ocupe algunos más... si es una lectura espaciada, reposada, sosegada: todo lo contrario del ritmo de viaje y de escritura de Lawrence, que parece que fuera por la vida y por la hoja a uña de caballo, presa de una prisa difícil de sujetar. D. H. Lawrence vivió y escribió a la carrera, y en *Cerdeña y el mar* se supera a sí mismo. Por mucha prisa que el lector tenga, y por más que le acucie la velocidad de la vida moderna, en la que parece que más cuenta si es pronto que si está bien, de seguro dispondrá de los quince, treinta días que bien merece este viaje y su recuento. Leerlo en tiempo real, en los seis días que duró el trayecto, sería empresa demasiado absorbente y por demás agotadora. El libro, por otra parte, dista de ser una guía de viaje, un Baedeker al estilo de los que cualquier viajero de la época llevaba encima para su buen gobierno, aunque en un paraje tan a espaldas de la civilización europea como era la Cerdeña de entonces, y seguramente la de hoy, salvando las distancias, la concordancia entre la realidad y la guía tendía a ser pura coincidencia.

A Lawrence no conviene pedirle información, por más que su libro contenga *in nuce* la descripción exhaustiva de un paisaje y un paisanaje extintos, una comunidad pre-moderna, digna, viril. Sorprendido y conmovido por lo que ve, su deseo es conmovernos y sorprendernos. Al margen de cuál sea la naturaleza

de la sorpresa, infaliblemente reproduce la sensación que tuvo al verse frente a la extrañeza de la isla y los isleños. Por fortuna, en este viaje vivía la época de máxima expansión del amor con Frieda, y así lo vemos amistoso con lo que le rodea, altivo sin solución de continuidad, beligerante, esquivo, atento a toda posible estafa, laborioso y tenaz. Resulta curiosa una línea adicional de tensión que recorre el libro, entre su apetito enorme por la vida y su cicatería en la administración del dinero, dinero que por fin empezaba a tener. Por eso, no es de extrañar —la biografía es crucial en Lawrence, y si sabemos el dato es porque lo cuenta Frieda en su autobiografía, *No yo, sino el viento*, publicada tras la muerte de Lawrence— que, una vez mecanografiado, el manuscrito original del libro se consumiese ignominiosamente en la casa de Sicilia, donde sirvió de papel higiénico.

La semana que pasó Lawrence en Cerdeña le bastó para extraer la esencia de la isla y sus gentes, aunque es cierto que tardó otras seis en descortezarla, machacar la pulpa y filtrar el zumo que sirve por escrito ante el lector. La hazaña, en lo que tiene de compresión del tiempo y de lo que cuenta, sin duda produce envidia, pero es que Lawrence más adelante estuvo dos semanas en Sydney, Australia, y a raíz de esa estancia fue capaz de recrear todo el continente y prefigurar su futuro político en una novela titulada *Canguro*, para mayor sonrojo, o envidia, de los escritores australianos, que aún hoy se preguntan cómo pudo.

Envidia en cambio no puede provocar la dura, áspera, refractaria realidad que suscitó la hazaña, la adversidad en que vivió Lawrence no tanto en su viaje a Cerdeña, que también, sino en su vida misma. David Herbert Lawrence fue un intelectual de clase obrera, hijo de un minero —y a mucha honra—, dotado de poco más que originalidad considerable y apetito desmedido por la vida que tan corta se le iba a hacer.

Cuando era todavía estudiante en Nottingham se enamoró de una alemana que estuvo casada con el profesor Ernest Weekley, autor de *Adjectives and Other Words*. Frieda abandonó a su marido (y a sus hijos) para irse con Lawrence a recorrer mundo; le quiso y le desveló los misterios del sexo y lo vilipendió y le hizo la vida imposible, todo ello a partes aproximadamente iguales. Con ella, Lawrence compartió su exilio itinerante desde el día de 1919 en que por fin pudo dar portazo a su aborrecida Inglaterra, en donde la vida fue aún más imposible de lo que sería con Frieda von Richtofen (en efecto, prima carnal del as de la aviación bélica en triplano, conocido con el sobrenombre del «Barón Rojo») en el norte de Italia, en Sicilia, en Cerdeña y, más adelante, sin ser nunca un camino de rosas, en Ceilán, Australia, Nuevo México, México y Francia, donde murió Lawrence tuberculoso y sin resuello en 1930, a los cuarenta y cuatro años de edad. Murió exactamente en Vence, pueblo famoso por haber visto pasear a residentes como Matisse, Chagall o Gombrowicz.

Esta ansia itinerante se nota en *Cerdeña y el mar*, al punto de que configura la mirada del viajero y de su acompañante, tan parca ella en palabras. Viajan no por ver mundo, sino más bien en busca de un lugar bajo el sol. En varias ocasiones, Frieda se muestra extasiada ante lo que ve, y Lawrence le viene a decir que está muy bien esa maravilla ante lo ajeno. «¡Me gusta! ¡Me gusta!», exclama la abeja reina», que es como Lawrence llama a Frieda (y así la llamarán en lo sucesivo sus amistades, todo un rasgo de carácter y un acierto del escritor en su tarea de nombrar el mundo), cuando ésta contempla un pueblo de montaña, a lo que él insiste: «Pero... ¿vivirías aquí?». Y apunta que ella «quisiera decir que sí, pero no se atreve».

Se trata de una pregunta que todo viajero moderno se formula, o que se formula todo el que viaja a una isla, a ese mi-

crocosmos quintaesenciado, a ese epítome del mundo ajeno donde aspira uno a encontrar un lugar propio. El mundo no se ve igual cuando uno lleva un billete de vuelta en el bolsillo, ya se sabe, pero aún se ve con otros ojos cuando uno sopesa la posibilidad de quedarse en ese lugar al que lo ha llevado el azar. Lawrence es autor de un relato memorable, titulado «El hombre que amaba las islas», cuyo protagonista —según apunta Vicente Valero, un estimable poeta ibicenco y un verdadero experto en la cuestión de la insularidad— necesita siempre una isla más pequeña todavía, más solitaria, para poder construir un «mundo propio». Va dando saltos de una isla a otra hasta que descubre, con su acompañante, que ellos mismos son ya una isla nueva del archipiélago, la más inaccesible. «Sabían —dice Lawrence— que al principio y al final el hombre está solo, que su alma está sola en sí misma, que todos sus atributos no valen nada, y este conocimiento tan curioso como incontestable los mantenía firmes en su sencillez.»

Tal como día a día y hora a hora va plasmándose en *Cerdeña y el mar*, el temperamento del artista se superpone a la montañosa isla de partida, a la llanura del mar, a la anfractuosa isla de llegada, que va recorriendo página a página. Todo libro de viajes es resultado de la colisión entre un conjunto de datos objetivos y una sensibilidad; cualquier paisaje es un estado de ánimo. En el choque frontal que recoge Lawrence en su libro insular, veloz como los trenes de su tiempo, con la lentitud de aquellos autobuses en los que la eternidad revestía la forma de un día entero en trayecto, el paisaje y el paisanaje sardos en busca de los cuales fue —puesto que Lawrence viaja con la idea más bien imprecisa de encontrar un lugar en el mundo en el que vivir lo que le reste— salen ganando gracias a que Lawrence nunca dejó de ser el hijo de un minero inglés sumamente cabreado con su tierra, aquella isla a la que ya no vuelve-

rá (salvo para el entierro de su madre y algunos trámites parecidos). No es casual que precisamente en estos mismos años y sin salir de su ciudad un poeta lisboeta obsesionado por varios poetas itinerantes acuñe la única definición o síntesis del viaje que se sostiene más allá de latitudes y épocas: «¡Viajar! ¡Perder países!», dirá Fernando Pessoa, o dirá Enrique Vila-Matas que dirá Pessoa, por cuanto que la cita de Pessoa todavía no la ha encontrado nadie, aunque no por eso no sea de Pessoa, sino todo lo contrario.

Lawrence ya ha perdido diversos países y paisajes en Inglaterra: su Nottinghamshire natal, o bien el rincón de Gales en el que, escondido del mundo y del miedo de la guerra del 14, con una Frieda que sin duda daba miedo a bastantes horas del día, fue acusado de espionaje y se le prohibió salir del país, como si por imposición pudiera conservar lo que estaba perdido de antemano. Y le queda medio mundo por perder, aunque en el decurso de la pérdida, en el camino de perdición en que ya se ha convertido su vida desde que conoció a Frieda y se la arrebató al profesor Weekley y dio comienzo a su nomadismo sin fin, Lawrence sabrá captar con precisión y conservar como conserva el ámbar los insectos algo que no está al alcance de cualquier viajero: el alma de los pueblos, el espíritu de las gentes, la palpitación del paisaje, el mal olor de unas letrinas, la maravilla de los almendros en flor, el carácter de un viajante de comercio que más que compañero de mesa es un incordio, el barullo de una ventanilla en el puerto de Nápoles, etc. El orden, naturalmente, lo impone la cronología de esos seis o siete días frenéticos y sin reposo, o con el engañoso reposo de las habitaciones infectas en pensiones malolientes, donde no repitieron ni una sola noche. Si algo se plasma de una manera maravillosa en las prosas viajeras de este hombre al que cuando estaba tranquilamente en su intranquila casa de

Taormina, en las enaguas del Etna, le sobrevino «la necesidad perentoria de ponerse en marcha», ya se vería luego adónde le convenía encaminar sus pasos, es ese ente escurridizo que llamamos el espíritu del lugar. Sus prosas viajeras, aquello que cualquier escritor decente habría escrito para ganarse la vida, las escribe Lawrence porque ya la daba por perdida y porque sólo podía viajar y escribir de corazón, o incluso con las vísceras intactas que, al contrario que los pulmones, tenía de diafragma para abajo.

¿Y el porqué de esta breve fuga a Cerdeña? Es breve y es cerrada, puesto que al cabo los Lawrence vuelven a Sicilia. El escritor habla al principio del hartazgo que le produce el mal tiempo reinante, aunque difícilmente pudo ir en pleno mes de enero a una isla más al norte en busca de sol. Se sabe que tuvo la tentación opuesta, ir a África. Se sabe que le repugnaba la cada vez más numerosa comunidad de ingleses residentes en Taormina, donde su trato con los lugareños también era ya quizás demasiado asiduo. Estaba asimismo harto de la conmiseración de sí misma a que se había entregado la Europa de posguerra. Y no se debe olvidar que su definitiva fuga de Inglaterra, en el año anterior, fue el inicio de una *vita nuova*, la quema de todos los puentes, la renuncia a toda posible vuelta atrás. Lawrence quería tal vez encontrar una civilización ajena del todo a Europa, pero posiblemente sólo confirmó que, sin saberlo, encarnaba como nadie el espíritu de Blaise Pascal, cuyo aforismo más celebrado afirma que el infortunio mayor del hombre consiste en que no pueda quedarse quieto en su propia habitación.

Lawrence sin duda buscó lo extraño, lo distinto, y buscó símbolos en lo Otro. No es un pensador; Anthony Burgess ha dicho que no le gustaba pensar, salvo con la entrepierna o el puro instinto. A su entender, el mejor de los filósofos es un

poeta, aunque su poesía no es la que se forja en una prosa esmerada (las prisas también se notan en esto). No es resultado del proceso creador, sino que es el proceso mismo. Le da igual el tropiezo, el comienzo en falso, con tal de plasmar la inmediatez del lugar. *Cerdeña y el mar* es en cierto modo un cuaderno particular donde no se nos ahorra la sintaxis fracturada, las repeticiones, los callejones sin salida y las burlas del propio viajero, que se ríe de sí mismo cuando se retrata *in situ*.

En esa isla intacta, lejana de las redes de Europa, Lawrence encuentra no tanto el esplendor bucólico, sino más bien la pobreza, la misma que ha de hallar Walter Benjamin en Ibiza muy pocos años después. Pero este espíritu del lugar, tan traído y llevado, ha dicho Lawrence, «es una cosa extraña. Nuestra época, tan mecánica, trata de pasar por encima de ese espíritu, pero sin lograrlo. Al final, el extraño espíritu del lugar, siniestro incluso, tan diverso y tan adverso en distintos lugares, aplastará nuestra unicidad mecánica y la hará añicos, y todo lo que consideramos real desaparecerá con un ruido apagado, y nos quedaremos mirando la pura nada.» Patidifusos. Y contentos, seguro, de haber dado esquinazo a la homogeneidad globalizadora que ya preocupaba a Lawrence.

A esos dioses del lugar se refiere cuando le cabrea todo lo inglés que, dejado atrás, aparentemente se pierde en el horizonte y sin embargo le acompaña o le persigue en forma de opiniones tópicas, de perogrulladas de mentecatos sardos —o italianos— empeñados en decir que la culpa de todo la tiene Inglaterra, a lo que Lawrence ha de decir que tal vez, pero que él no es Inglaterra, ni tiene ninguna culpa de que Inglaterra sea... Inglaterra. Lawrence ha dejado de ser inglés, pero la imagen que del inglés tienen los italianos más recalcitrantes se le ha pegado a la piel del todo. Pues bien: a esos dioses, a esos *numina* inconquistables e ingobernables que trasparecen en el

comportamiento no siempre amable de los lugareños, cuando no es una conducta declaradamente hostil, nos oponemos al viajar sin saber no ya que llevamos todas las de perder, sino que los riesgos que corremos son íntegramente nuestros. Y son fáciles de detectar si bien se piensa: son lo que media entre la placa que recuerda que Lawrence se alojó aquí, y cuando digo «aquí» digo un hotel de Cagliari, donde una placa conmemora que «en esta casa, en enero de 1921, D. H. Lawrence tomó inspiración del cielo, del mar, de las piedras de Cagliari para sus páginas inmortales», y el libro que tiene el lector en sus manos, que es lo menos parecido que puede haber a una placa conmemorativa, por cuanto que no conmemora que Lawrence pasara por aquí, sino que eso que llamamos aquí —Cerdeña— ha quedado impreso en el ánimo de un escritor fugaz, siempre de paso, apenas entrevisto, que supo a su paso veloz ver lo que le salía al paso y registrarlo antes de la prematura vomitona de sangre que le estaba esperando en Sicilia, en Ceilán o en México, aunque fuera en Francia donde le encontró, sin que Frieda estuviera delante.

NOTA A ESTA EDICIÓN

Sabido es el «ignominioso» fin que tuvo el manuscrito de *Cerdeña y el mar* en el retrete de la casa de Fontana Vecchia, en Taormina, donde residían los Lawrence. Previamente se había hecho una copia mecanografiada, aunque hoy se conservan tres en las bibliotecas de las universidades de Columbia, Yale y Texas. Presentan ciertas diferencias en función del grado de revisión a que las sometió Lawrence. En la primera se basó el editor americano de la obra, Thomas Seltzer, que censuró mínimamente el texto en lo relativo a palabras malsonantes o

políticamente cargadas. Lawrence no llegó a ver las galeradas del libro, publicado en Estados Unidos en diciembre de 1921, como tampoco vio lo que se hizo de tres extensos fragmentos del libro publicados en *The Dial*, la prestigiosa revista que dirigía Scoffield Thayer, en octubre y noviembre de 1921. No le gustó nada. La edición británica de Martin Secker vio la luz en abril de 1923, y en ella —idéntica a la primera americana, con ocho ilustraciones de Jan Juta— se han basado las numerosas ediciones que ha tenido la obra en el siglo xx, de las que destaca la edición Fénix (1956) y las muchas que el libro ha tenido en Penguin, habitualmente con los otros dos libros de viajes italianos que publicó Lawrence, *Twilight in Italy* y *Etruscan Places*.

Esta edición española ha tomado por texto de partida el que de acuerdo con las copias manuscritas restauraron para la ingente edición de las obras completas de D. H. Lawrence, publicada por Cambridge University Press en 1997, los profesores James T. Boulton y Warren Roberts. Hemos trabajado sobre la versión descargada de aparato crítico que preparó para la editorial Penguin Mara Kalnins, con introducción y notas de Jill Franks (1999).

MIGUEL MARTÍNEZ-LAGE

CERDEÑA Y EL MAR

I

HASTA PALERMO

A UNO LE sobreviene la necesidad perentoria de ponerse en marcha. Y lo que es más: la de ponerse en marcha en una determinada dirección. La necesidad, pues, es doble: la de viajar y la de resolver adónde.

¿Por qué no podrá uno quedarse sentado en donde está? Aquí en Sicilia todo es placidez: el sol que brilla sobre el mar Jónico, la joya cambiante de Calabria, como un ópalo de fuego que se moviera al trasluz. Italia y el panorama de las nubes navideñas, la noche en medio de la cual luce Sirio cuando la estrella tiende un haz largo y luminoso sobre el mar, como si el perro de la constelación nos aullase como aúlla un perro a la luna. Por encima traza su arco Orión. Es de ver cómo nos mira Sirio, la estrella del perro. ¡Qué mirada la suya! Es el lebrél celeste, verde y relumbrante y fiero. Y allá, ay, regia estrella del atardecer, que pende al oeste, encendida sobre los riscos más oscuros, sobre los precipicios de la alta Sicilia. El Etna, esa bruja perversa, descansa con la capa de nieve espesa bajo el cielo, y lenta, muy lentamente, despide humaradas de una intensa tonalidad anaranjada. Pilar del Cielo, según lo llamaron los griegos, y en un primer momento parece un error, pues traza una línea larga, mágica y flexible desde la orilla del mar hasta el cono trunco y desmochado de la cumbre, sin que parezca demasiado alto. Más

bien parece un monte achaparrado, agazapado bajo el cielo. Pero a medida que va uno conociéndolo mejor, entonces, ¡respeto reverencial, embrujo de hechicero! Lejano está bajo el cielo, altivo, tan próximo y, sin embargo, nunca del todo con nosotros. Intentan los pintores captar su magia en las telas, tratan los fotógrafos de plasmar su imagen, y es en vano. ¿Por qué? Porque las lomas más cercanas, con sus olivos y sus casas encaladas, sí están con nosotros. Porque el lecho del río, y Naxos a la sombra de los limoneros, las faldas del Etna y las enaguas mismas del Etna, siguen siendo nuestro mundo, nuestro mundo propio. Lo son también los pueblos de mayor altitud, entre los robledales, ya en el Etna. Pero el mismo Etna, el Etna de las nieves y los vientos que rolan en secreto, se halla del otro lado de un muro de cristal. Ahora, cuando lo miro, bajo, blanco, como una bruja bajo el cielo, despidiendo despacio ese humo anaranjado, exhalando a veces un suspiro de llamaradas entre rojas y rosas, debo alejar la mirada de la tierra y ascender al éter, a las regiones inferiores del empíreo. Allí, en aquella región remota, el Etna está solo. Quien acierte a verlo, despacio habrá de apartar la mirada del mundo y convertirse en ojo sin protección que entra en la extraña cámara del empíreo. ¡Pedestal del cielo! Los griegos sabían captar la mágica verdad de las cosas. Gracias a los dioses, uno todavía sabe lo suficiente y acierta a hallar al fin cierto parentesco. Hay tantas fotografías, hay tantas acuarelas y óleos que pretenden plasmar el Etna... ¡Pedestal del cielo! Ha de atravesar uno la frontera invisible. Entre ese primer plano que es el nuestro y el Etna, pivote de los vientos en las regiones inferiores del cielo, existe una divisoria. Es preciso cambiar de estado anímico. Una metempsicosis. De nada sirve pensar que puede uno ver y contemplar el Etna y el primer plano al mismo tiempo. Nunca. Es o lo uno o

lo otro. El primer plano y un Etna puramente transcrito. O bien el Etna, pedestal del cielo.

En tal caso, ¿por qué ha de marchar uno? ¿Por qué no quedarse? Ah, qué amante es el Etna, con sus vientos extraños, siempre de ronda como las panteras de Circe, negras unas, otras blancas, con sus extrañas, remotas comunicaciones y sus terribles y dinámicas exhalaciones de humo. Enloquece a los hombres. Esas vibraciones terribles de electricidad perversa y hermosa que arroja en derredor, como una red mortífera... No. A veces verdaderamente uno llega a sentir una nueva corriente de magnetismo endemoniado, una pulsión que a uno le ciñe los tejidos en lo más vivo y que trastoca la pacífica actividad de las células. Siembra una tormenta en el plasma vivo, provoca nuevos ajustes. Y es a veces como enloquecer.

Este Etna griego e intemporal, en su delicia de las regiones inferiores del cielo, tan delicioso resulta, tanto, que es torturador. No son muchos los hombres que en realidad lo soportan sin llegar a perder el alma. Es como Circe. A menos que sea uno muy fuerte, le arrebatara el alma y lo deja convertido no en animal, sino en una criatura elemental, dotada de inteligencia, pero desprovista de alma. Inteligente, casi inspirado y desalmado, como los sicilianos del Etna. Tienen un *daimon* inteligente, y en lo humano, según nosotros, son el pueblo más estúpido que huella la faz de la tierra. ¡Qué horror! ¿A cuántos hombres, a cuántas razas no habrá obligado el Etna a poner los pies en polvorosa? Fue el Etna quien quebró el tuétano del alma griega. Y después de los griegos dio a los romanos y a los normandos, a los árabes y a los españoles, a los franceses y a los italianos, e incluso a los ingleses, a todos dio sus horas de inspiración, y a todos les quebró el alma.

Tal vez sea el Etna aquello de lo que debe uno huir. En cualquier caso, uno ha de marchar, y ha de marchar cuanto

antes. Luego de haber regresado cuando terminaba octubre, uno tiene la necesidad de salir cuanto antes. Y sólo estamos a 3 de enero. Y no puede uno permitirse el viaje. Pero así son las cosas: el Etna exige que uno emprenda viaje.

¿Adónde ir? Está Agrigento, al sur. Túnez queda al alcance de la mano. ¿Agrigento, y el espíritu sulfúrico y los templos custodios de los griegos, para enloquecer todavía más? Nunca. Tampoco Siracusa, y la locura de sus grandes canteras. ¿Túnez? ¿África? No, todavía no, no. Es pronto para los árabes, aún no. ¿Nápoles, Roma, Florencia? No serviría de nada. Así pues, ¿adónde?

¿Adónde, así pues? España o Cerdeña, España o Cerdeña. Cerdeña, que no se parece a ningún otro lugar. Cerdeña, que no tiene historia, no tiene fechas, no tiene raza, no tiene nada que ofrecer. Sea Cerdeña. Se dice que ni los romanos ni los fenicios, ni los griegos ni los árabes sometieron nunca Cerdeña. Está fuera: fuera del circuito de la civilización. Al igual que las tierras de Vasconia. Desde luego, ahora es Italia; ahora tiene ferrocarriles y autocares. Pero queda todavía una Cerdeña sin conquistar. Se encuentra atrapada en la red de esta civilización europea, pero aún no se ha cobrado la pesca. Y la red empieza a hacerse vieja y a estar deshilachada. Son muchos los peces que se cuelan por la red de la vieja civilización europea. Así, la gran ballena de Rusia. Y probablemente Cerdeña. Así pues, Cerdeña. Sea Cerdeña.

Hay un barco que sale quincenalmente de Palermo: el miércoles próximo, de aquí a tres días. Vayámonos. Lejos del Etna aborrecido y lejos del mar Jónico, y de estas grandes estrellas